

SERVICIO DE INFORMACION INTERNACIONAL

El nuevo Presidente

Por la muerte de mister Harding sube a la presidencia de los Estados Unidos el vicepresidente mister Calvin Coolidge, borroso personaje de segunda fila, del cual se tienen pocas noticias aquí en los Estados Unidos, cuanto más en el extranjero. El vicepresidente de los Estados Unidos no lo nombran los electores con la mente puesta en la posibilidad de que ascienda a la presidencia. Esto ocurre raras veces. Después de los desagradables experimentos de Roosevelt y de Wilson a los verdaderos electores no les han quedado muchas ganas de exponerse a riesgo alguno con los presidentes y examinan muy de cerca y con minucioso esmero a los candidatos antes de nombrarlos en las convenciones, no sea que la supuesta oveja mansa se les convierta de la noche a la mañana en lobo indómito. Pero tales precauciones no se toman aún con los vicepresidentes.

Mister Coolidge fué nombrado vicepresidente cuando nadie lo esperaba, y, ya en la vicepresidencia, siguió siendo una personalidad obscura y sin relieve. Dícese que su designación como candidato a la vicepresidencia debióse a un incidente casi fortuito, pero que puso de relieve su temperamento de reaccionario. La policía de Boston, descontenta y, más que descontenta, angustiada con lo exiguo de la paga, insuficiente para atender a las necesidades primarias de la vida, se declaró en huelga. Díjose, a tiempo que estaba reunida la convención republicana, que la «firmeza» de mister Coolidge, a la sazón gobernador de Massachusetts, había «salvado a la sociedad», rompiendo la huelga y aterrando a los huelguistas. Otros aseveran que mister Coolidge no se encontraba en Boston en esos días; pero lo cierto es que el rumor de que había acabado con esa huelga en un dos por tres se adujo como recomendación oportuna, y ello le valió la candidatura republicana para la vicepresidencia. El cargo de vicepresidente es bastante decorativo y subalterno. Sin embargo, como vicepresidente Coolidge asistió a sesiones del gabinete y se le supone bien enterado de las cuestiones públicas en sus pormenores, lo que simplificará sus tareas presidenciales en los primeros momentos.

Sus amigos pintan a mister Coolidge como un hombre austero, reconcentrado y frío. Sus enemigos políticos lo tienen por hombre de espíritu estrecho, reaccionario hasta las médulas, desprovisto de alteza y de brillo intelectual, con «manos de hielo y corazón de piedra», incapaz de experimentar simpatía por ninguna idea nueva, defensor de la organización política, social y económica existente, a la que considera sacrosanta e intangible: enemigo resuelto de todo cambio. No es raro, pues, que el *Call* de Nueva York haya dicho del trigésimo presidente: «Su ascensión a la presi-

dencia es una calamidad que debemos sobrellevar a sabiendas de que es difícil que pudiera ocurrir nada peor».

Nació en 1872 de una familia que tiene varias generaciones nacidas en los Estados Unidos: es un «cientos por ciento norte-americano», expresión bárbara con la cual designan los patriotas de este país a los descendientes de los extranjeros que vinieron a



Mr. CALVIN COOLIDGE

Retrato caricaturesco
de GARCÍA CABRAL.

(*Excelsior*, México, D. F.)

los Estados Unidos hace un siglo por lo menos. Estudió derecho; y a pesar de su habitual silencio gusta de echar discursos. Sus discursos dicen poco o nada nuevo, pero son abundantes, con esa abundancia fofa y soporífera de los lugares comunes.

Desde que le nombraron vicepresidente sus discursos comenzaron a teñirse de un matiz reaccionario más oscuro. Publicó también artículos en las revistas destinadas a las señoras; y en discursos y artículos habló con saña y con vehemencia de la «amenaza del radicalismo». El año pasado, en

Minneapolis, clamó ante un numeroso auditorio de agricultores que éstos debían darse por muy satisfechos con que el nuevo arancel hubiera llevado el precio del trigo a un dólar y sesenta centavos. Después que habló media hora los asistentes armaron tal gritería y rechifla de desaprobación que mister Coolidge tuvo que abandonar la tribuna sin terminar su perorata. Se asegura también que influyó para que se expulsara del colegio de Amherst al profesor liberal Meiklejohn. (*) El actual presidente estudió en ese colegio.

Los periódicos lo pintan como un hombre modesto, circunspecto, taciturno. Suele tener las mandíbulas apretadas, como en gesto permanente de resolución, o acaso de testarudez. Se dice que fuma tabacos baratos, lo que se interpreta como señal de tacañería. «Hay que ahorrar siempre», aconsejó una vez a su auditorio, «cualquiera que sea el sueldo que ganemos». Es difícil hacerlo hablar, sondearlo, conocerle las intenciones. Hace tiempo, después de haberlo visitado, una persona compendió en estas palabras la opinión que le merecía el actual presidente: «Me gustaría ser estenógrafo de este hombre». Es fervoroso creyente y estricto cumplidor de sus deberes religiosos. Le gusta oír sermones.

No es raro, por lo tanto, que un escritor socialista haya dicho que pasar de Harding a Coolidge es como «escapar de la sartén para caer en las brasas». El mismo escritor aduce un trance bíblico para pintar la situación. «Recuerdo el relato de la Biblia acerca de la muerte del rey Salomón y la ascensión al trono de Roboam». Jeroboam y todo el pueblo de Israel acudieron al nuevo rey quejándose de que su padre «les había agravado el yugo»; pero el nuevo monarca les contestó: «Yo añadiré yugo a vuestro yugo. Si mi padre os azotó con látigos, yo os azotaré con escorpiones».

El resto del período presidencial durante el cual mister Coolidge será jefe del ejecutivo no es largo: es suficiente, sin embargo, para que pueda dar de sí lo que tenga, si es que tiene algo que dar. Las actuales condiciones políticas son confusas y transitorias. Mister Coolidge puede influir en ellas; puede, si demuestra habilidad, obtener la candidatura de los republicanos para las próximas elecciones.

Por supuesto que al decir que mister Coolidge no es un hombre original ni profundo no se afirma que eso lo incapacite para la presidencia: antes por el contrario, llena así uno de los requisitos indispensables para el cargo. El lugar de los pensadores originales no está, ni ha estado nunca, en las curules del gobierno en parte alguna del mundo y mucho menos en la plutocracia norte-americana. Los periódicos publican «pensamientos escogidos» de mister Coolidge que son la esencia de la insipidez, aunque denotan la tendencia general de su

(*) Véase el caso en el REPERTORIO N.º 20 del tomo 6.